

Por debajo del agua

relatos



Eduardo López Cruz

Tomo 1

El autor

Eduardo López Cruz -*Calek*, como se le conoce en el ámbito periodístico potosino- estudió Ciencias de la Comunicación en la Escuela la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

Su trayectoria en el periodismo local inició en 1987 como reportero del periódico *El Heraldo*, actividad que continúa en 1989. En 1991 se desempeña de igual forma en el periódico *Tribuna*. En 1992 interviene como caricaturista editorial del programa televisivo *Cartapacio*, canal 9 local. En 1993 es reportero fundador del periódico *San Luis Hoy*, donde llega a la jefatura de información y la ejerce hasta 1999.

En 2003 es jefe de redacción del proyecto editorial *Milenio San Luis*. Cronista urbano de canal 7, programa *Atención Ciudadana* y, en la misma televisora, comentarista de temas sobre lenguaje en el programa *Concepto 7*. En 2004 formó parte del equipo fundador de la revista *Librevía*. De entonces a la fecha es jefe de redacción de dicho medio, además de ser miembro del equipo de comentaristas en el programa *Lengua Larga* del canal 13 local.

Reconocimientos

1992: Mejor caricatura política, reconocimiento de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares.

Premios estatales de periodismo

1993: Víctor Monjarás, caricatura.

1995: Juan Sarabia, entrevista.

1997:

Filomeno Mata, crónica.

Francisco Martínez de la Vega, artículo de fondo.

2000: Jesús Silva Herzog, noticia.

2006: Jesús Silva Herzog, noticia.

2008:

Francisco de la Maza, difusión cultural.

Francisco Martínez de la Vega, artículo de fondo.

Cuauhtémoc Bustos, crónica deportiva.

En 2003 publicó el libro *Lengua Larga, diccionario etimológico del lenguaje popular mexicano*, bajo el sello de Editorial *Librevía*.

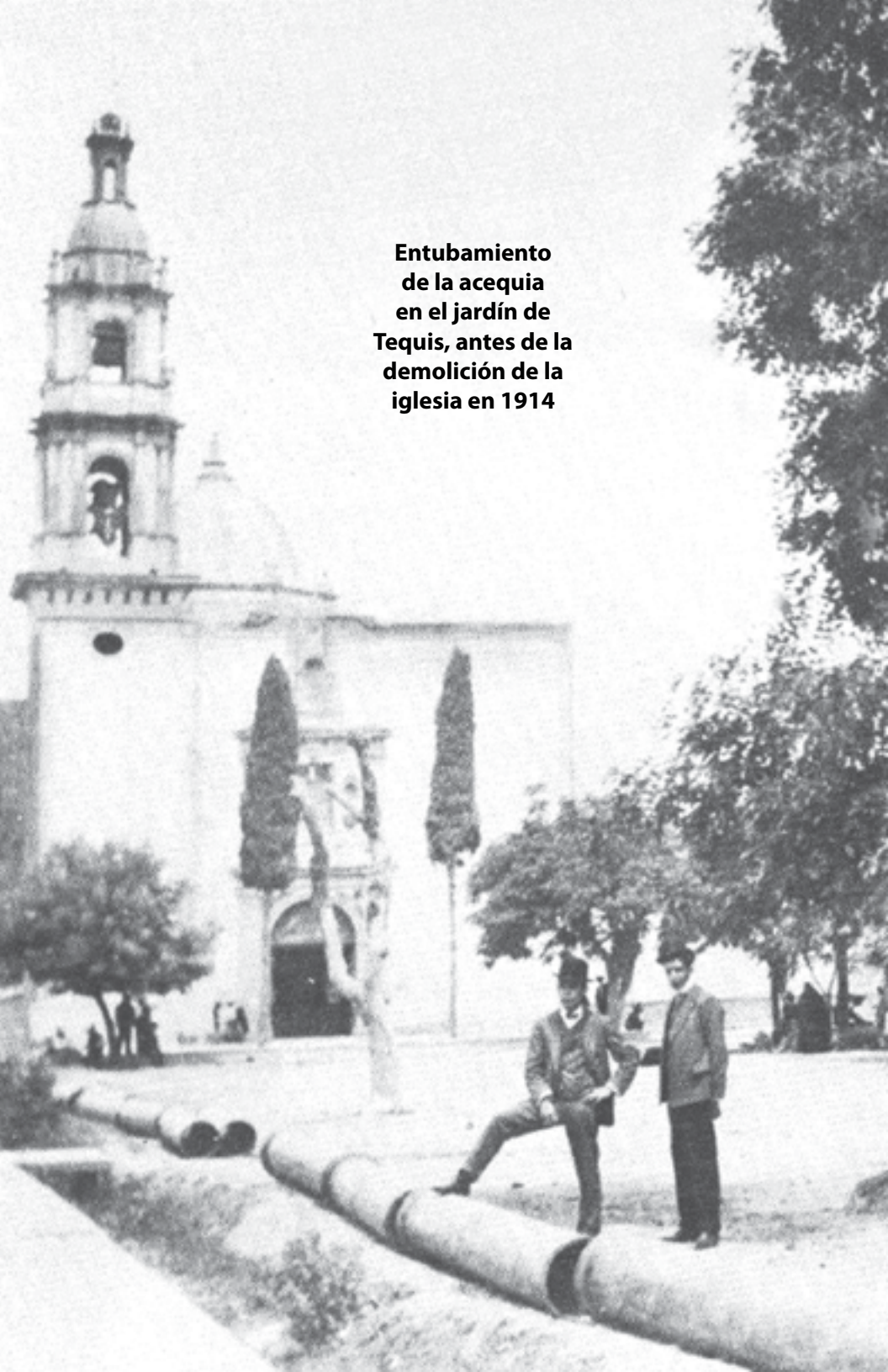
Introducción

El agua en la capital potosina ha sido -por decirlo de alguna manera ejemplar- un recurso *extremo*: desde su fundación, nuestra ciudad ha sufrido los rigores de las tormentas y prolongadas sequías.

En ese péndulo entra la abundancia y la escasez, los potosinos han aprendido a temer y anhelar ese líquido indispensable para la vida, pero que también ha sido el personaje principal de tragedias causadas por inundaciones, como aquella que la noche del 15 de septiembre de 1933 sufrieron los vecinos de los barrios de Santiago y Tlaxcala.

Mientras muchos potosinos daban *el grito* en la Plaza de Armas, la Presa San José descargaba sus excedentes





Entubamiento
de la acequia
en el jardín de
Tequis, antes de la
demolición de la
iglesia en 1914

sobre el Río Santiago. Se perdieron vidas y propiedades. El agua -tan preciada- mostraba su otro rostro, siniestro e implacable.

Y lo hizo muchas otras veces.

Fue necesario que la sociedad, a través de instituciones gubernamentales, se organizara, planificara, previera.

Varios años tuvieron que pasar -60, poco más de la media centuria- para que surgiera el organismo operador del agua potable que ahora, con sistemas de calidad y una visión que integra la tecnología con un sentido humano, tiene un nombre: Interapas.

El servicio de agua potable para la población es históricamente un reto, un constante impulso que con frecuencia es equivalente a nadar *contra la corriente*.

El desafío es lograr las metas del servicio, juntos -Interapas y sociedad- propiciando una cultura de cuidado y consumo responsable; con la mirada puesta en el futuro, reconociendo las dificultades de nuestro pasado.

Por debajo del agua, relatos es un acercamiento narrativo del periodista Eduardo López Cruz a los puntos esenciales en torno a la historia en San Luis de ese recurso natural de tan solo cuatro palabras, sobre el cual se basa la existencia de toda sociedad humana: *agua*.



San Luis Potosí. S.L.P.
Octubre de 2010.



Fuente y obelisco
de la Plaza de
Armas, siglo XIX

Agua y oro

Sólo nueve años después de la fundación de la ciudad, la fuerza de la naturaleza -representada en uno de sus elementos más potentes: el agua- dio muestras de quién mandaba en estas tierras.

San Luis Potosí había nacido en 1592 y en 1601 sufrió su primera inundación, de la que se da cuenta en un documento de aquel año: “Como es notorio en este pueblo, ha habido temeraria tormenta y crecida de agua, donde ha habido grandes peligros así de vidas como de haciendas”.

Era San Luis, sí, “lugar de agua y oro”, pero no como se indica equivocadamente en la supuesta etimología de la palabra *Tangamanga*, nombre que nunca tuvo esta región y que, en cambio, es la forma en la que indígenas tarascos llamaron a un cerro mineral en San Pedro.

Tangamanga es una palabra purépecha que significa *lugar rodeado de palos enhiestos*; es decir, una empalizada, una cerca de palos con los que seguramente se demarcó la propiedad de aquellas minas en San Pedro y bautizadas así por los esclavos tarascos que llegaron de Michoacán a trabajar el mineral potosino.

Pero la abundancia de estos caudales, el agua y los minerales, en poco tiempo estarían enfrentados en una pugna que ganaron el oro y la plata. El agua de la ciudad se fue perdiendo, sacrificada en las muchas *haciendas de beneficio* en donde el líquido era indispensable para obtener los metales preciosos.

Tranvía de mulitas
sobre el puente del
Río Santiago



Los puntos donde nació esta ciudad -la hoy Plaza de los Fundadores y la Plaza de Armas- eran dos de los numerosos ojos de agua que hacían del pueblo un lugar propicio para las huertas.

Cuesta trabajo pensar que en la plaza principal de nuestra capital haya existido una laguna, *Los ojos de agua del Rey*, en donde alguna vez navegaron canoas; según consta en otro documento de los primeros años de esta ciudad, en donde se relata la disputa entre dos sujetos a bordo de sus respectivas lanchas, en medio de lo que ahora es nuestra emblemática plaza principal.

Al norte: el Río Santiago dominaba el panorama con su afluencia impetuosa.

Al sur: el Río Españita, y en puntos intermedios que cercaban la aún pequeña ciudad se encontraban *La Ciénega* o *Charco Verde* (que conserva este último nombre y formaba parte de *La Corriente* que corría de sur a noroeste) y *La Corriente de San Miguelito* (que era parte de los afluentes que bajaban de *La Cañada del Lobo*, tenían escala en *Los Charcos de Santa Anna* -hoy Jardines del Estadio- y cuyas aguas broncas crecían y azotaban la ciudad cada vez que llovía con cierta fuerza).

Al este: abundaban los pozos y el agua fresca y superficial en la villa de Tequisquiapan (cuyo nombre significa en náhuatl, *tequisquitl*, tequesquite, y *apan*, río; es decir, *río del tequesquite*, una especie de salitre que alguna vez se utilizó para condimentar alimentos). Desde ahí, aunque en cantidades insuficientes para garantizar el abasto, llegaba agua al centro, por lo que al principal pozo de *Tequis* llegó a llamarse popularmente *Alberca de la ciudad*.

Al oeste: desde los *Llanos de Panzacola* (hoy colonia *El Paseo*) hasta la huerta de los Carmelitas (hoy Alameda) el agua fluía y bañaba los huertos; tal era dicha abundancia, que en tiempo de lluvias *La Lagunita* (hoy Plaza del Mariachi y Plaza del Bicentenario) se desbordaba hasta encharcar la plaza principal.

En su libro *Historia de San Luis Potosí* (1910) Manuel Muro habla de cómo las mulas, los aguadores, verduleros y vagos que gustaban de jugar con ella, acabaron con el agua de la plaza. Cobró entonces un aspecto deprimente y pútrido. No fue sino hasta 1827 -cuando se construyó ahí una fuente y el obelisco conmemorativo de la Independencia- que la plaza cobró cierta dignidad.

Este decoro, sin embargo, no contribuyó al orden en la disputa por el agua de la plaza. Muro escribe: “Había observado (en 1827, el gobernador Ildefonso Díaz de León) que el vecindario carecía del indispensable elemento del agua, que solamente en la parte oeste de la ciudad había pozos que dieran agua potable, que de uno de ellos que era llamado *alberca de la ciudad* venía una cantidad insignificante para la fuente de la plaza principal, en la que ocurrían con frecuencia disgustos y riñas entre criados y aguadores disputándose el escaso elemento, que la mayor parte de los vecinos se surtían para beber del pozo de la Tercera Orden (plaza de San Francisco) o del de Las Magdalenas (actualmente, primera calle de Los Bravo)”.

Para los demás usos domésticos -agrega Muro- “había que emplear la de pozos de agua salada o la de los charcos que en la estación de lluvias se formaban en algunos puntos orilleros de la ciudad”.

La primera gran obra hidráulica:

La Corriente

En 1688, como había ya ocurrido en 1601, una tormenta azotó la capital potosina. Eran ya demasiados sustos, muchas las preocupaciones de que la ciudad estuviera sometida al arbitrio de las lluvias y las aguas broncas que con cada aguacero bajaban de la Sierra de San Miguelito, al sur, y de que al norte amenazara constante el desbordamiento del Río Santiago.

Fue así que el oficial mayor de la Alcaldía, Diego de Acevedo, planteó al alcalde Bernardo Íñiguez del Bayo una obra que en algo aminorara los riesgos de inundación en la capital potosina.

El proyecto se llamó *La Zanja* y era en efecto un colector pluvial que pretendió -y en buena medida lo consiguió- dar cauce al agua que de sur a norte abatía a San Luis cada que un chubasco tenía la ocurrencia de empapar a este pueblo minero.

La obra tenía mil 600 metros de largo; 5 de ancho y 2 de profundidad, corría de sur a noreste y se complementaba con otra menos célebre y sin embargo igual de útil: *La Zanja de los Tepetates*, que ponía freno a la llamada *Corriente de San Miguelito*. Ésta se alimentaba de los afluentes que provenían de la Cañada de Lobo y, cuando crecía, terminaba bañando las espaldas del convento de *La Merced* (hoy mercado Tangamanga) y se estancaba en la calle de Morelos (antiguamente *Arenal*, que en su nombre llevaba aquella idea de incómoda playa suburbana).



La Corriente, hoy
Avenida Reforma

La Zanja principal o *La Corriente* (como finalmente la población prefirió llamarla) se iniciaba en los *Charcos de Santa Anna* (hoy viejo estadio de futbol Plan de San Luis) y su recorrido culminaba en los llanos de *La Tinaja* (hoy patios del ferrocarril, frente a la avenida 20 de Noviembre).

En su trayecto cruzaba la añeja *Ciénega* que aparece ya en los primeros mapas de San Luis y que muy pronto también se llamó *Charco Verde*, nombre que conserva en la actualidad el edificio de la Policía Preventiva Municipal, establecida ahí -bajo otro nombre, pero con los mismos fines de reclusión temporal- en 1905.

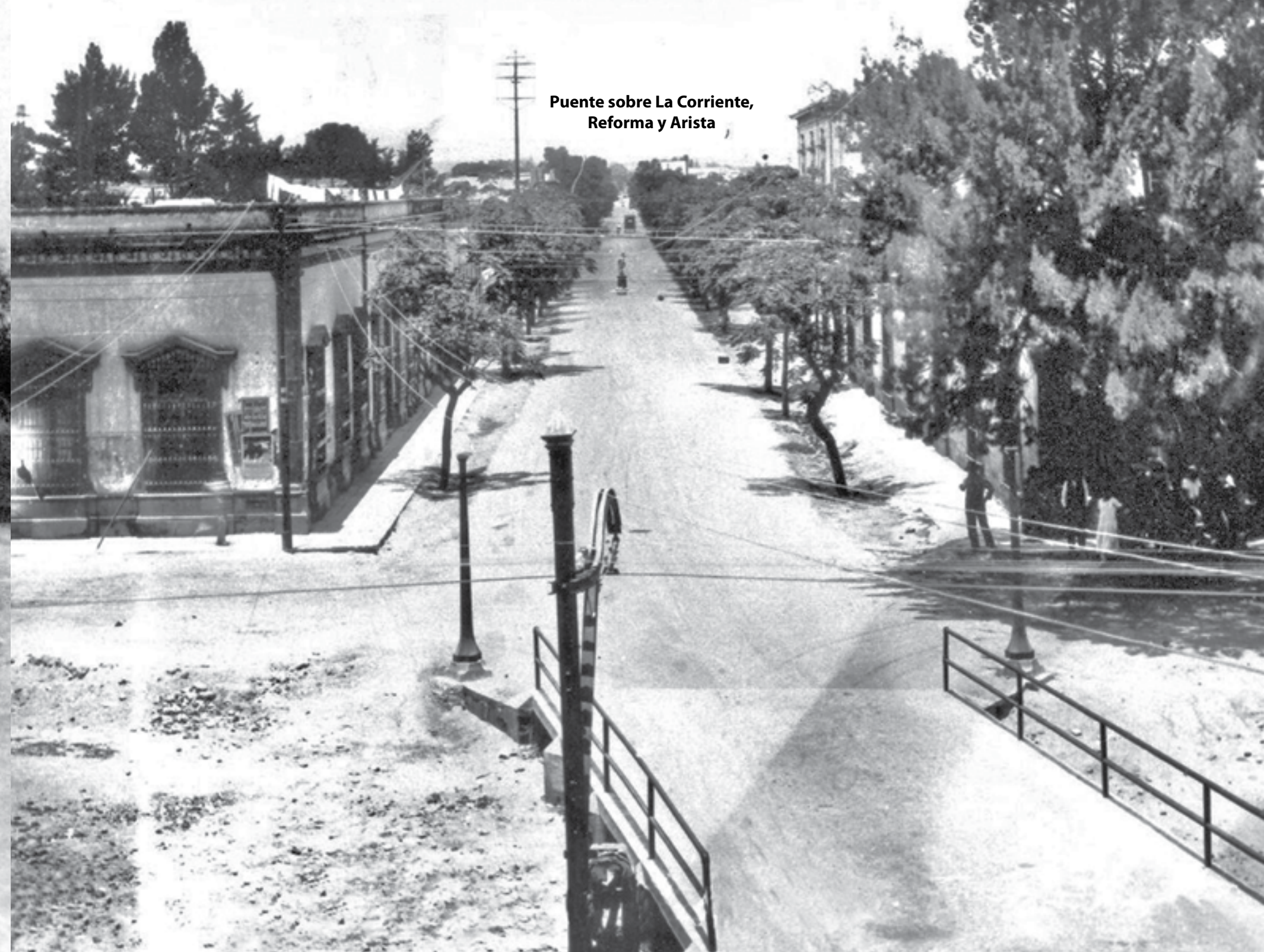
Aunque los potosinos no dejaron de llamar como tal a *La Corriente* -sino hasta la década de los 40 del siglo XX, cuando se adoquinó- desde 1914 lleva el nombre de Avenida de la Reforma o simplemente *Reforma*, como se le conoce en la actualidad.

El paso del tiempo hizo obsoleta aquella obra del siglo XVII y no sería sino hasta siglo XX (300 años después, nada más) que el gobierno de Saturnino Cedillo (1927-1933) comenzaría con obras de alcantarillado tanto en Reforma como en otros puntos de la ciudad, mientras que el mandato de Gonzalo N. Santos (1943-1949) trajo más desarrollo urbano y obras como el adoquinado de la ya para entonces *Corriente Seca*.

Entre 1994 y 1995 el gobierno de Horacio Sánchez Unzueta inició y culminó una obra poco vistosa, pero innegable ayuda contra las inundaciones crónicas de este sector ciudadano: El colector pluvial Reforma, que -como lo proyectaron en 1688 los visionarios Acevedo y del Bayo) cubría el trayecto de la vieja corriente, ahora de la avenida 20 de Noviembre hasta la colonia Jardines del Estadio.



Inundación de 1933,
Carranza y Uresti



Puente sobre La Corriente,
Reforma y Arista



**La Corriente, y, al fondo,
el desaparecido edificio
de El Charco Verde**

¡Aguas con la Llorona!

Luisa -que así se llamaba aquella moza- había llegado a San Luis, proveniente de Charcas. La precedía una reputación que para aquellos años del siglo XVII era *mala*: tenía dos hijos fuera del matrimonio. Según las malas lenguas -que han existido en todos los tiempos- Luisa había sostenido amoríos con un joven militar que finalmente perdió interés en ella. El resultado de los lances pasionales de Luisa habían sido dos niños.

Aquella madre soltera, silenciosa y protectora tanto de sus hijos como de su privacidad. Había elegido un día soleado para llevar a sus niños a lo que fue la *Alameda Bracamontes* (una tupida arboleda que existió en lo que es el cruce de la avenida Carranza, Uresti y Reforma). El clima traicionero cambió de luminoso y claro a un cielo encapotado por nubes que en cuestión de minutos descargaron su furia sobre la ciudad. La corriente - sin que aún existiera la zanja de 1866- comenzó a crecer desmesuradamente o al menos tanto como para que Luisa tomara de las manos a sus hijos para -además de cargar la canasta con los alimentos para aquel funesto día de campo- ponerse a salvo de la tormenta.

Buscó saltar la cada vez más impetuosa corriente y el esfuerzo provocó que uno de los hijos se soltara de su mano y cayera al agua. Desesperada, soltó al otro y ambos finalmente se perdieron, arrastrados por el agua.

Fue en vano buscarlos. Los buscó por Santiago, por los *Charcos de Santa Anna* y fue allí donde días después aparecieron sus cuerpos. Desde entonces, envuelta en una túnica blanca y con el rostro desencajado de una loca, vagaba por los alrededores de la corriente. Por eso, la gente la llamó *La Llorona*, como aquella leyenda que en muchos pueblos hablaba de un espectro gritando por las noches ¡Ay, mis hijos!



**Reforma y Uresti, antigua
Estación de los Tranvías**



Potosinos surtiéndose en la
Caja del Agua

Una joya para conservar el agua

La segunda gran obra de ingeniería hidráulica del San Luis del siglo XIX fue sin duda *La Caja del Agua* o *La Conservera*; involuntario pero certero emblema de la ciudad labrado en cantera y transición estética entre el barroco y el neoclásico que venía abriéndose paso en el escenario de la arquitectura civil de la época.

Aunque su proyección fue un acierto en ese sentido, no fue por caprichos estéticos que en 1827 el gobernador Ildefonso Díaz de León encargó al arquitecto y médico Juan N. Sanabria un sistema de abastecimiento hidráulico para la ciudad, que estaba urgida de agua y la necesitaba ya.

El médico Sanabria miró hacia el sur de la ciudad y específicamente puso los ojos en el declive natural de la Cañada del Lobo, en la Sierra de San Miguelito, que tantos apuros hacía pasar a San Luis en tiempos de lluvia.

De inmediato, Sanabria puso manos a la obra y proyectó una obra dividida en tres partes:

1. Costo de los tajos y receptáculo principal de la misma cañada.
2. Cañería hasta una caja repartidora (que habría de ser la célebre *Caja del Agua*) y...

3. Prolongación de esta cañería hasta la plaza principal y ramales para las de San Francisco, La Compañía (Fundadores) y San Juan de Dios.

Para ello, Díaz de León y Sanabria contaron con el apoyo económico de Manuel María de Gorriño y Arduengo, quien hizo un préstamo (que terminó en donación) de 4 mil pesos.

Había lo necesario: visión, proyección, voluntad y dinero. Lo que no era sencillo obtener en aquellos días era estabilidad política y fue así que el diputado Vicente Romero la emprendió contra el gobernador Díaz de León y logró que el Congreso local lo inhabilitara en el cargo por considerarlo *víctima de locura senil*.

La obra -ni apenas iniciada- se pospuso hasta 1830, año en que la retomó el gobernador José Guadalupe de los Reyes para ponerla a cargo de Juan N. Sanabria.

Finalmente concluidas las fuentes del Santuario (la que aún existe en la explanada del templo y la que se encuentra frente a los arcos del jardín de niños La Paloma) y lista ya la *Caja*, el gobernador anunció el evento a las autoridades municipales, *personas privadas* (es decir, notables de la sociedad en esos días) y autoridades religiosas para que lo acompañaran a la inauguración de la esperada obra.

El historiador Manuel Muro refiere que el 27 de noviembre de 1831 la comitiva partió de Palacio de Gobierno rumbo al Santuario, la calzada lucía a álamos a ambos costados y la cañería habría de tenderse y extenderse hasta la plaza principal, San Francisco y San Juan de Dios.

La obra tuvo un costo de 54 mil 63 pesos y ni Gorriño y Arduengo cobró su préstamo (lo que hizo voluntariamente, a pesar de que se le daban en rédito 10 mil de los 4 mil pesos de inicio) ni Sanabria hizo lo propio con su trabajo y en cambio recibió –además de halagos y cumplidos- una medalla de oro que en el anverso decía: “Al C. Juan N. Sanabria, el ayuntamiento de 1831. San Luis Potosí” y en el reverso: “Por su filantropía, trabajando gratuitamente para surtir de agua a la ciudad”.

Por añadidura, el gobernador de los Reyes obsequió a Sanabria un estuche de medicina, dos libros de ingeniería de autores *modernos* y un diploma honorífico.

Aguas frescas para el brindis

Aquel día Guadalupe de los Reyes abrió las llaves de las fuentes del Santuario y estallaron los repiques de campana, los cohetes y la música. En el mismo Santuario se prepararon los refrescos con el primer chorro de agua que brotó de la fuente principal y el reverendo padre de La Merced bendijo tanto las fuentes como los árboles sembrados en la calzada, que eran álamos (dicho sea de paso, fue en 1924 que el gobernador Aurelio Manrique ordenó sembrar las palmeras que ahora bordean el camino al Santuario) y la fiesta culminó con un *Te-deum* cantado en la dicha basílica.



El ayuntamiento colocó en un punto visible de *La Caja* o *Conservera* la siguiente inscripción: “El Exmo. Señor Lic. D. Ildefonso Díaz de León dispuso traer el agua de la Cañada del Lobo e inició los trabajos”.

“El Señor Dr. D. Manuel M. Gorriño y Arduengo donó cuatro mil pesos para continuarlos”.

“El Exmo. Sr. Lic. D. J. Guadalupe de los Reyes les dio feliz término, construyó las fuentes y formó la Alameda”.

“El Sr. Ingeniero Dr. D. Juan N. Sanabria dirigió toda la obra gratuitamente”.

El regreso del villano

Bien poco duró aquella placa de piedra porque en 1832 regresó Vicente Romero al gobierno y su primer orden fue quitar inmediatamente aquella inscripción que le recordaba a sus odiados Díaz de León y de los Reyes, lo que explica que la actual que está a la vista a un costado de la *Caja* no coincida con la fecha exacta de la inauguración, pues se refiere al empedrado de la calzada.

Tampoco está claro si Sanabria fue -como responsable total de la obra- el autor del diseño o si, como algunos mencionan, fue trazo del dibujante José María Guerrero Solachi.



El triunfo del espíritu

La presa de San José

Menos tortuoso es el camino que lleva a la presa San José, que los 63 años que tardó en inaugurarse desde que en 1828 se promoviera su construcción.

De aquel año a 1903 fueron y vinieron proyectos, presupuestos, comisiones y hasta manifiestos de personajes como Ponciano Arriaga, quien el 23 de noviembre de 1843 publicó el texto ***Una presa para el progreso ¡¡¡Perderemos toda esperanza!!!*** (sic) firmado también por Mariano Ávila, Juan María Balbontín y Manuel Escontría.

Pero los vaivenes políticos no eran los únicos que pesaban sobre el esperado proyecto. En 1869 el gobernador Carlos Tovar concedió el contrato de construcción al español Justo Aldea y el francés Amadeo Tiersault. Nunca la llevaron a cabo porque ambos murieron.

Muertos aquellos empresarios y moribundo el sueño, en 1875 la Comisión de Acueductos, Ornatos y Paseos del Ayuntamiento presentó un informe urgente sobre “las causas que provocan la sequía, la forma de provocar la lluvia, de tener depósitos varios y el surtimiento de aguas para todos los usos que demanda esta populosa ciudad”.

Las cosas, sin embargo, seguían igual. Nada pasaba.

En 1884 el gobierno aprobó el decreto para otorgar a Santiago Wastall y Allan C. Wylie el contrato para la entubación de agua potable en la ciudad.

Algo turbio habría en el asunto, pues Primo Feliciano Velázquez, director del periódico *El Estandarte*, se dedicó de esa fecha y hasta 1889 a publicar una serie de artículos sobre “la cuestión del agua”, hasta que el 22 de junio de 1889 el gobernador Carlos Díez

Gutiérrez firmó el contrato correspondiente con Benigno Arriaga “para el abastecimiento y entubación de aguas potables en la ciudad de San Luis Potosí”.

La fatalidad, sin embargo, perseguía a la inexistente presa. En 1890 se concedió la obra a Santiago Wastall, representante de una empresa londinense que en breve se fue a la quiebra. Se le retiró el contrato en 1894.

Ese mismo año quienes tomaron la estafeta -ya para entonces muy manosea- fueron Felipe Muriedas y Matías Hernández.

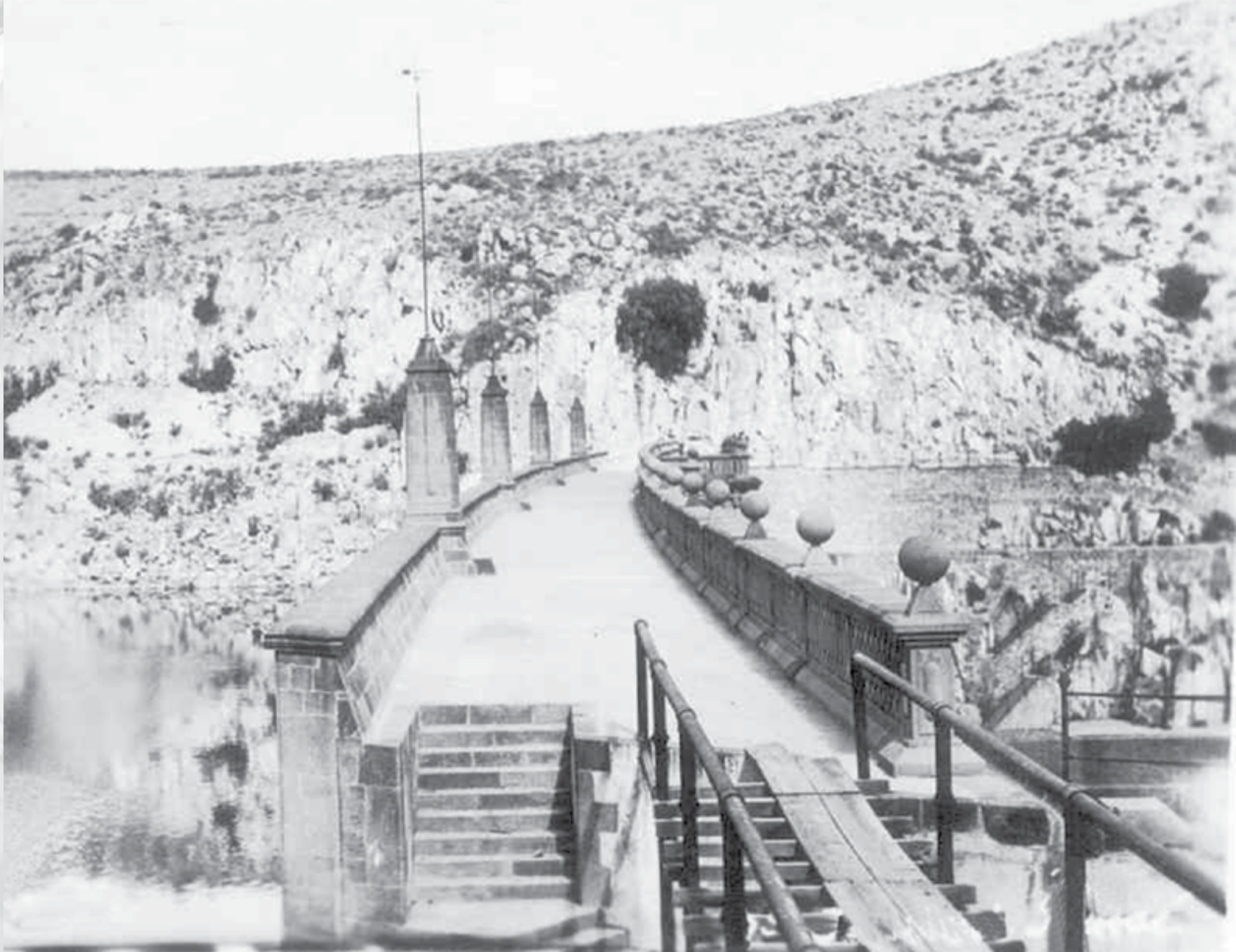
Ya casi

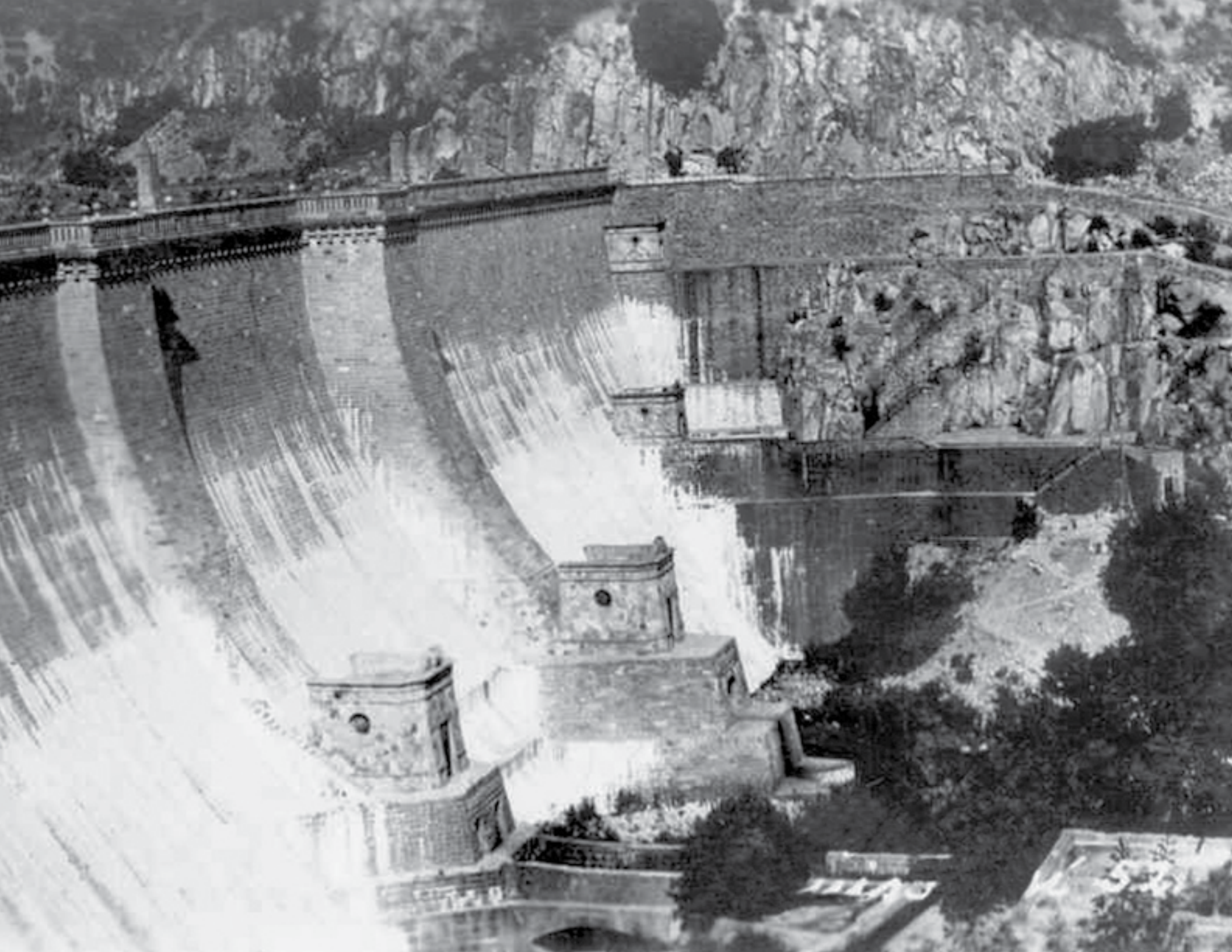
El 24 de julio de 1894, en medio del gran alboroto de la gente que acudió hasta el lugar, los responsables de la obra -el ingeniero Guillermo Reitter y Luis Barragán- colocaron *la primera piedra*, por decirlo así, de la hasta entonces presa fantasma.

Ese mismo año se formó la *Empresa de Aguas de la Ciudad*; al siguiente -1895- se adquirieron parte de los terrenos de la hacienda de *La Tenería* para sumarlos a la extensión de las obras relacionadas con la presa de San José.

¿No que no?

El gobernador Blas Escontría informaba de los avances en la construcción y el 3 de septiembre de 1903, por fin, la presa se llenó a 23 metros de altura; en un área de 859 mil 720 metros cuadrados de altura, 12 metros de ancho en la corona y más de 100 metros de largo. Una crónica de la época indica que “La cortina, los cerros y las laderas, todo se llenó de gente ávida de *regustar* lo jamás visto que lo eterniza con la inscripción en una de las compuertas: **Dominar las fuerzas de la tierra es un triunfo del espíritu humano**”.





El aguador

La modernidad se llevó uno que sin duda fue el oficio más pintoresco de la sociedad virreinal y del siglo XIX: El aguador o *tortugo*, como se le llamaba por cargar a sus espaldas un voluminoso tinaco de barro (el *chochocol*) al que le hacía contrapeso el *apaste*, vasija también de barro, amplia, pero más pequeña.

El chochocol y el apaste iban sujetos a una faja de cuero que se apoyaba en la cabeza, a manera de *mecapal*, aunque con el paso del tiempo se impuso la traba de madera sostenida por los hombros y a cada extremo las tinajas con el requerido líquido del que se abastecían en las fuentes públicas y que en sus *entregos* (viajes para surtir la venta) llevaban a una clientela fija.

Sus servicios eran indispensables para una sociedad que sufría los rigores de no tener agua potable en casa. El *tortugo* era pues, el responsable de que las familias de la ciudad contaran con el agua que se destinaba lo mismo para preparar alimentos, que para la limpieza y el aseo personal.

Eran unos *pelagatos*

Y no por pertenecer a una clase humilde o por su aspecto *aindiado*. Sí, calzaban huaraches, vestían camisa y calzón de manta, un sombrero ranchero para protegerse del sol, la faja de cuero que era



instrumento de trabajo; pero también un morralito en el que cargaban un utensilio para desempeñar otra de las variadas funciones que se les asignaba: una filosa cuchilla...para castrar gatos.

De esa forma *-pelando al gato-* la gente mantenía el control de la natalidad de los siempre retozones felinos. Así se explica la expresión que llegó a convertirse en insulto y que el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, con todo y su carga racista y de clase, define como: “Persona insignificante o mediocre, sin posición social o económica”.

Nuestros aguadores eran *pelagatos*, sí, porque su trabajo lo requería; pero no eran en modo alguno “insignificantes”. Su condición de *freelancers* o empleados por cuenta propia, les facilitaba la oportunidad de elección. Trabajo no les faltaba, pues entre sus habilidades estaban también las de recadero confidencial (con frecuencia eran el *corre-ve-y-dile* en los amoríos subrepticios lo mismo de las criadas que de las decentes señoras de sociedad) o cargaban los santos en las festividades religiosas o eran los encargados de recomendar a nuevos sirvientes en las casas ricas, pues su discreción y eficiencia les ganaba la confianza de patrones y

cocineras convertidas en amas de casa y en funciones de vicepresidentas de aquellos hogares coloniales.

El aguador marcaba la vida de las familias y a veces la muerte, pues no era extraño que también se le dieran algunas monedas para enterrar a los difuntos.

Formaban, eso sí, parte de la aristocracia en las pulquerías; en donde despilfarraban lo ganado bebiendo *chinguirito* (mezcal barato) pulque (por supuesto) y todo tipo de *póculo*, como en el San Luis del siglo XIX se llamó genéricamente a todo tipo de aguardiente de precio tan bajo como su calidad.

Si la borrachera los sorprendía no era esto motivo para no iniciar sus trajines apenas despuntaba la alborada, pues -para contrarrestar la *cruda-* se *abrigaban el estómago* con un nuevo farolazo de licor y con ello *hacían la mañana*.

La modernidad acabó con ellos, el servicio de agua potable por tubería y la aparición del *agua electropura* (la embotellada, en la década de los años 30 del siglo XX)

los extinguió poco a poco, de tal suerte que apenas algunos sobrevivían a finales de los años 40 del siglo XX.

Se fueron como se va el agua entre las manos.



Estatua del Aguador, inaugurada en 2009, obra del escultor Mario Luis Cuevas

A grandes rasgos

La modernidad

1926: se inicia la construcción de la planta de Los Filtros.

1938: el Gobierno del Estado adquiere por compra las obras e instalaciones que constituyen el sistema de abastecimiento de aguas establecido por la Compañía Anónima de Aguas, que incluían la presa de San José y obras aledañas.

1941: se inaugura la planta de Los Filtros.

1977: el Ayuntamiento aprueba desincorporar la Dirección de Abastecimiento de Agua y crear un organismo descentralizado denominado *Junta de Agua Potable*.

1984-85: pavimentación del Río Santiago.

1986: se aprueba la construcción de plantas tratadoras de aguas grises.

1987: propuesta municipal para crear un organismo operador para la solución del problema del agua potable, que abarque la conurbación con el vecino municipio de Soledad Díez Gutiérrez.

1992: se crea el Sistema de Agua Potable Alcantarillado y Saneamiento, *Siapas*. se amplían y modernizan las instalaciones de la planta potabilizadora Los Filtros.

1994-1995: se construye el colector pluvial Marianmo Jiménez-Reforma-20 de noviembre para evitar inundaciones; lo mismo que el colector del Río Española, convertido en *parque lineal*.

1996: se crea el organismo descentralizado para la prestación del servicio público de agua potable, alcantarillado y saneamiento, *Interapas*, con la integración de los municipios de San Luis Potosí, Soledad y Cerro de San Pedro.

1998-2003: durante este periodo se construyeron las plantas de tratamiento de aguas residuales Norte, Tangamanga I y Tanque Tenorio.

2003: inicia la construcción del Acueducto Norte, para dotar de agua proveniente de la planta potabilizadora Los Filtros a los vecinos de esa zona.

2003-2006: se construyen los colectores pluviales Salk y Hernán Cortés.

2007-2008: el Interapas pone en operación la nueva planta Los Filtros al potabilizar 480 litros de agua por segundo proveniente de las presas San José, El Peaje y El Potosino, en beneficio de 200 mil personas.

2007-2010: se pone en marcha el Plan Integral Hidráulico de la Zona Metropolitana de San Luis Potosí, con la construcción de la presa El Realito, el Programa de Mejora Integral del Interapas y la construcción de la PTAR El Morro, con una inversión global de 4,200 millones de pesos. Obras de infraestructura que permitirán garantizar el abasto para los próximos 30 años a los habitantes de la zona conurbada.

**Construcción de la planta
potabilizadora Los Filtros, 1926**



Reconocimientos

Archivo Histórico del Estado.

Licenciada Claudia González Uresti.



Ing. Francisco José Muñoz Pereyra
Director General de Interapas

L.C.C. Humberto Ramos Contreras
*Titular de Comunicación Social y Cultura del
Agua de Interapas*

Eduardo López Cruz
Cronista

Hilario Hernández Gámez
Diseño Editorial

Este documento de relatos históricos forma parte del Programa de Cultura del Agua 2010 del Organismo Operador Interapas. Es un acercamiento al desarrollo que en materia de recursos hidráulicos para abasto de la población ha registrado nuestra ciudad capital.



Comisión
Estatad
del Agua

